

M^a del Rosario GARCÍA HUERTA, Francisco Javier MORALES HERVÁS y David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *De la muerte a la eternidad: la necrópolis ibérica de Alarcos (Ciudad Real)*, Madrid, Editorial Síntesis, 2018, 287 pp. ISBN: 978-84-9171-173-5.

EL PUNTO DE PARTIDA

Como los autores del libro apuntan en la introducción del mismo, en el otoño del año 2013 se produjo “un momento trascendental en el estudio de la Oretania Septentrional”. Se referían y coincidimos con ellos, al descubrimiento casual –sobre ello volveremos luego– de una de las varias necrópolis que tuvo el *oppidum* oretano de Alarcos (Ciudad Real). Sobre aquel importante suceso se ha venido a sumar ahora otro, no tan excepcional pero si inusual en la arqueología española: la rápida publicación de los resultados científicos. En efecto, no han pasado tres años a partir de la última campaña de trabajos de campo (2015) cuando ya ha salido a la luz la *Memoria Científica* que, aunque preceptiva en toda investigación no es un hecho muy frecuente en la tradición arqueológica española. Nos encontramos ante una necrópolis, con 25 enterramientos contextualizados excavados con muy correcta metodología que han puesto a disposición de la comunidad científica una necrópolis ibérica fechada entre los siglos III al I a. C.

También consideramos importante resaltar el hecho de cómo los directores y colaboradores de esta investigación arqueológica –mucho más que una excavación de campo– ha sido acometida por profesores y habituales colaboradores de la Universidad de Ciudad Real (JCLM). Ello lo resaltamos en la medida que dicha circunstancia ha favorecido la imprescindible continuidad –tres años– en la investigación y la capacidad de acometerla acorde con parámetros metodológicos actuales: previas prospecciones geofísicas, posteriores excavaciones de campo y utilización normalizada, en campo y laboratorio, de analíticas. Particularmente, nos ha parecido fundamental que se hayan acometido prospecciones geofísicas que, acertadamente, combinaron dos metodologías complementarias: eléctrica y magnética.

ESPACIO Y ENTORNO

La cronología del *oppidum* abarca un marco cronológico grande, desde el siglo VI al I a. C., pero el conocimiento de sus necrópolis, así como en el resto de la Oretania Septentrional es muy escaso. Por ello, vemos positivo la inclusión, por los investigadores, de una completa revisión o “estado de la cuestión”, por fuerza es breve. Pero, al igual que sucede en la vida cotidiana, casi nunca la felicidad es completa y como bien avisan los autores de esta investigación, el área arqueológica excavada no corresponde al total de lo que tuvo que ser la necrópolis. Ello responde a varios motivos: un camino; una casa; un

camino agrícola con fuerte talud; la moderna zanja acometida para cablear un colector y las consabidas canalizaciones de luz y agua..., destinadas a dar servicio a la edificación. Todo ello ha determinado que el área estudiada no haya superado los 257 m², de los que sólo 111 corresponden a la necrópolis ibérica, propiamente dicha.

Estratigráficamente, y ello es importante a la hora de querer imaginar la paleografía del entorno, en época ibera y como elemento de reflexión para el futuro, los estratos originales de la necrópolis se encuentran hoy bajo un metro de limos, arenas sueltas y cantos rodados... “fruto de antiguas inundaciones del río Guadiana”. Paralelamente, la potencia arqueológica propiamente dicha (el “Horizonte B” para sus excavadores) es de, tan sólo, 80-90 cm. Se trata, pues, de una estratigrafía original horizontalizada, no tumular, que refuerza que esta nueva necrópolis no “reúne” toda la estratigrafía del *oppidum*, sino unos periodos muy concretos y físicamente distanciados –no sabemos cuánto– de otras áreas funerarias.

EL SIEMPRE BÁSICO EN LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS... APARTADO GRÁFICO

Formalmente, la publicación de la necrópolis, en cuanto a documentación gráfica se refiere, está apoyada, fundamentalmente, en el dibujo y se complementada con una también muy cuidada planimetría... con una –nos imaginamos que impuesta– escasa documentación fotográfica. Sea como fuere, consideramos justo destacar lo cuidado de las mismas, de alto nivel técnico; no tan habitual en este tipo de publicaciones como sería deseable. Corresponde gran parte de este mérito a la calidad profesional de su autor –Manuel Molina– habitual colaborador de los directores de la excavación.

El coloreado de los dibujos de los materiales y de la planimetría –algo tampoco habitual– y la inclusión –si bien no en todas las ocasiones– de la fotografía de los objetos como parte consustancial del dibujo dan un valor añadido a este básico apartado metodológico. Sin embargo, estas quedan algo desmerecidos por el formato de partida de la publicación, más cercana a la cuartilla que al DIN-A4. Evidentemente, ello no es achacable a los autores. Pensamos, más bien, a la política de publicaciones de la editorial Síntesis, en donde se edita este estudio.

OTRAS CONSIDERACIONES CIENTÍFICAS

Siempre es bueno que la visión que de una cultura se pueda investigar a través de un modelo espacial concreto. En el caso de Alarcos, tradicionalmente, lo ha sido por su *oppidum*. Pero todavía es mejor si se puede comparar y contrastar con otra concepción espacial –fundamental y complementaria– como es la funeraria; es decir, de su necrópolis. En este caso, e infrecuente en los estudios de la cultura ibera, es que se conozcan –por fin– ambos y que, mejor todavía si son los mismos investigadores quienes lo acometen. Es el caso que nos ocupa.

En efecto, entre 1997 y 2013 nuestros autores habían excavado en el “sector III” del *oppidum*. Quizás, por ello, las dudas planteadas y las muchas preguntas sin respuesta en el mismo han hecho que el estudio ahora de esta necrópolis no se haya limitado a los habituales estudios tipológicos-descriptivos, más bien el estar atentos a preguntas maduras puestas de manifiesto en los capítulos cuatro y cinco del libro: *Antropología y estructura de la población y Estudio de los rituales funerarios*, respectivamente.

Volviendo a los citados capítulos cuatro y cinco, son dos los tipos de aportaciones, fundamentales, para nosotros, que los autores nos proporcionan. Por un lado, ratificar –pero ahora con documentación contextualizada– las cuestiones comunes de esta necrópolis oretana en relación con otras áreas etnogeográficas iberas; por otro, las propias

singularidades de esta necrópolis oretana de Alarcos a la que, por cierto, sus excavadores deberían dar nombre propio. Como ellos mismos apuntan, aparecerán otras áreas de enterramiento es, tan sólo, cuestión de tiempo y, por el momento, también de la casualidad..., dada la falta de mayor continuidad de los proyectos de investigación arqueológica.

Así, de las 25 tumbas documentadas, 11 tenían un cierre tumular. Dado el arco cronológico de la necrópolis –siglos III al I a. C.– pareciera que esta tipología perduró más de lo pensado. Estamos totalmente de acuerdo. Ahora bien, dado el carácter aristocrático de toda tumba tumular, los autores quizás deberían haber ahondado a los respectivos modelos de hábitat –con similar cronología– pues en ellos, pensamos, debe estar la explicación de dicha perdurabilidad. En el caso de Alarcos, la no bien caracterizada fase tardía ¿a favor de un mundo romano republicano, de una perduración del factor púnico? No permite, por el momento establecer el vínculo adecuado...

CRÍTICAS

Por ir terminando, una de las cuestiones que más nos ha llamado la atención, dentro de la muy lógica estructuración temática de este estudio, ha sido la colocación de las analíticas al final del libro, incluso después de la bibliografía; cuestión esta errónea, bajo nuestro punto de vista. Al fin y al cabo, las diferentes analíticas acometidas –seis en total– no son sino una parte más del conocido “trabajo en el laboratorio”, caso, por ejemplo, del dibujo de las cerámicas, su potencial restauración o los habituales estudios tipológicos.

Quizás reflejo de esta colocación “final” explique una cierta desconexión entre las valoraciones de los arqueólogos –muy bien desarrolladas en los citados capítulos cuatro y cinco– y las de los propios especialistas en sus respectivos textos de los estudios analíticos. Para nosotros, ello convierte este capítulo “de anejos” en un apartado que no exhibe todas las posibilidades de un trabajo interdisciplinar

Someramente, pues no querríamos inducir al lector una imagen negativa de este importante trabajo de investigación, apuntemos algunas cuestiones ilustrativas de lo que queremos decir. El estudio antropológico (2 inhumaciones y 20 cremaciones, con un total de 22 individuos), con una muy interesante documentación relativa a la mortalidad, sexo, enfermedades..., bien podrían haberse contrastado con los ya publicados –precisamente– en el territorio anejo del sureste meseteño, en donde se encuentra la mayor concentración de enterramientos ibéricos publicados bajo esta perspectiva: Pozo Moro, Los Villares; El Camino de la Cruz, El Salobral y, más hacia el sureste, con El Cigarralejo.

Igual podría haberse con la novedosa tomografía computarizada..., cuyos resultados vienen a ratificar hipótesis previas ya planteadas en otras necrópolis “albacetenses” y “murcianas” donde, gracias a las tradicionales radiografías de rayos “X”, se ha defendido cómo las urnas guardaban sólo los huesos cremados –depositados en su fondo– y que, bien por rotura de la urna o desplazamiento de su cuenco-tapadera, fue cuando se introdujo la ceniza y carbones con que habían rellenado el hoyo de la deposición.

Sea como fuere, todas estas consideraciones parten, sencillamente, de reflexiones personales, siempre fáciles de hacer a cualquier trabajo hecho y publicado. Es la importancia del propio libro lo que hace al lector desarrollar una cierta incontinencia de pedir... más.

Juan BLÁNQUEZ PÉREZ
Universidad Autónoma de Madrid
juan.blanquez@uam.es